

LAS ISLAS CANARIAS EN LOS ISLARIOS (II)

José Manuel Montesdeoca Medina

Universidad de La Laguna

RESUMEN

Este artículo es la segunda parte de un trabajo que consiste en exponer los textos relacionados con Canarias que aparecen en los Islarios occidentales. Los autores estudiados son: Benedetto Bordone, (Alonso de Santa Cruz, André Thevet), Giovanni Botero, Johann Wülfer, Vincenzo Coronelli y Antonio Cordeyro.

PALABRAS CLAVE: Islarios. Isolario. Benedetto Bordone. Alonso de Santa Cruz. André Thevet. Giovanni Botero. Johann Wülfer. Vincenzo Coronelli. Antonio Cordeyro.

ABSTRACT

«The Canary Islands in the Island Books (II)». This paper is the second part of a study in which those texts on the Canary Islands in the western Island Books are presented and discussed. The authors studied are: Benedetto Bordone, (Alonso de Santa Cruz, André Thevet), Giovanni Botero, Johann Wülfer, Vincenzo Coronelli and Antonio Cordeyro.

KEY WORDS: Island books. Isolario. Benedetto Bordone. Alonso de Santa Cruz. André Thevet. Giovanni Botero. Johann Wülfer. Vincenzo Coronelli. Antonio Cordeyro.

En el trabajo que ahora presentamos, tal y como anticipamos en su primera parte, se editan una serie de textos de cinco autores que, entre los siglos XVI y XVIII, escribieron unos tratados de contenido exclusivamente insular que conocemos con el nombre de Islarios. Algunas de estas obras son enciclopedias que dedican un número determinado de capítulos o libros a las islas y que, con mayor rigor, quizá se les deba llamar *De insulis*. Tal es el caso, por ejemplo, de las *Fons* de Domenico Bandini o de las *Relationi Universali* de Giovanni Botero, quienes hablan de las islas en un contexto más general.

A pesar de que hemos citado los Islarios de A. Thevet y Alonso de Santa Cruz en nuestra relación, no creemos necesario incluirlos en el presente artículo, pues han sido recientemente estudiados y publicados por prestigiosos especialistas (Aznar Vallejo, 1984; Cuesta Domingo, 2003). Por último, debemos recordar que la única intención que perseguimos con nuestra breve introducción a cada autor y su obra, es la de situarlos en un contexto histórico y social que nos permita una mejor comprensión de los textos aquí presentados.

TRADUCCIÓN CASTELLANA DEL LIBRO I DE LA OBRA
DE BENEDETTO BORDONE, *ISOLARIO NEL QUAL SI RAGIONA DE
TUTE L'ISOLE DEL MONDO*¹

Benedetto Bordone nace en Padua, que entonces formaba parte de la República de Venecia, en 1450. Según parece, fue el padre del famoso filólogo Julio César Escalígero y abuelo de José Justo Escalígero, fundador de la ciencia de la cronología histórica. Múltiples fueron sus actividades en Venecia, sobresaliendo como el último de los grandes iluminadores de manuscritos y admirado miniaturista. Se le atribuyen, entre otros trabajos, las miniaturas de dos incunables (*Digestum novum glossatum*, 1477, y *Gregorii IX Decretales cum glossa*, 1479), la ilustración de la traducción latina de los *Diálogos* de Luciano publicada en Venecia en 1494 y los grabados del célebre *Hypnerotomachia Poliphili*. Consagró los últimos años de su vida al estudio erudito de la geografía.

El *Libro de tutte l'isole del mondo* fue escrito originalmente en italiano y publicado por vez primera en Venecia por Nicolò Zoppino en 1528. Tuvo gran fortuna pues se reeditó tres veces en un periodo de tres años con un nuevo y quizá menos comprometido título de *Islario de Benedetto Bordone*: en 1534 de nuevo por Zoppino, en 1547 por Federico Toresano y en 1567 por Francesco de Leno. También se le acusó de plagio tanto del texto de Buondelmonti como del diseño de los mapas de Dalli Sonetti. Sin duda, Bordone varía el estilo y la forma de sus predecesores, al menos parcialmente, insertando una serie de novedades tales como la de recoger información de islas descubiertas en los recientes viajes transoceánicos, extendiendo el discurso a las islas de todo el mundo y no sólo a las del Mediterráneo; también cuida la forma, realizando una organización novedosa del material al sustituir la subdivisión del texto en capítulos individuales para cada isla por una subdivisión en tres libros. El libro I contiene las islas del Atlántico (las Islas Canarias aparecen citadas casi al final de este libro), el segundo las del Mediterráneo y el tercero las islas de Oriente, según el orden de Ptolomeo. La obra está compuesta de 108 mapas de islas (22 en el primero, 78 en el segundo y 8 en el tercero). Estos mapas son estilísticamente parecidos a los de Bartolommeo Dalli Sonetti pero son menos precisos y poco homogéneos en cuanto a la cantidad y calidad de la información suministrada pues hallamos islas ricas en toponimia, con ciudades, ríos, etc., junto a otras casi en blanco. Además, resulta curioso o sospechoso la aparición de nombres de islas como Brasil, Asmaida, Inebila, Imaugla, que probablemente se encontraban en el imaginario fantástico de la época (Lancioni, 1991: 84-89; Donattini, 2000: 239-264.).

[Libro I, pp. XVI-XVII] *Desde Madeira a casi trescientas millas hacia el sur se halla la isla que los antiguos llamaron Autola y también Iunonia, y en nuestra época*

¹ Bordone, 1528: XVI-XVII.

Lanzarote, que está a cuarenta millas de distancia de las Afortunadas. Ptolomeo asegura que esta distancia es de cuatrocientas veinte millas, le siguen las Islas Afortunadas, que los antiguos sitúan por el sur, una tras otra, y dicen que una dista de otra sesenta millas, salvo Pluitala de Casperia que dicen estar a ciento veinte millas. Son seis en número, alejadas de Mauritania por poniente a quinientas noventa millas, aunque Plinio asegura que esta distancia es de ochocientas millas. Dice que frente a la costa que llaman Litoral del Sol y también Convalle, por la forma del lugar, está la isla Planasia. Tiene de circuito trescientas millas y unos árboles que alcanzan los cuatrocientos cuarenta pies de altura. Juba dice que estas Islas Afortunadas están situadas al mediodía y hacia el ocaso. La primera se llama Ómbrio, sin huella de edificio alguno, con un lago en lo alto del monte y unos árboles parecidos a la férula: de los que son negros (pues son de dos tipos) se extrae un agua muy amarga pero de los blancos la bebida es muy agradable y dulce. Otra isla, llamada Lunonia, tiene un único templo muy pequeño de piedra, y cercana a ésta hay otra pequeña isla del mismo nombre. Más allá de éstas se encuentra la isla Cisperia o Casperia, llena de enormes lagartos, luego le sigue Ninguaría, que quizá tenga este nombre por la nieve que en este lugar continuamente se halla o por estar siempre cubierta de nubes. Después está situada Canaria, llamada así por la gran cantidad de perros de excepcional tamaño; en ella hay abundancia de frutos, de aves de todo tipo, de palmas, dátiles y miel. Todos esto es cuanto sabemos de los antiguos escritores.

La opinión actual es muy diferente de la de los antiguos escritores, ya sea en lo que atañe a su número ya sea a su dirección, visto que los antiguos las colocan al sur y dicen que son seis en número, mientras que los marinos de nuestra época dicen que son diez en número y distan de la Libia inferior, que se encuentra enfrente en dirección oeste, cuatrocientas veinte millas, una después de otra. Estoy de acuerdo con esta distancia, si hablamos de la posición de la isla más oriental, pero en cuanto a la más occidental la distancia con Libia es de mil veinte millas.

De ellas, siete están habitadas y tres desiertas; la primera es Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria, Tenerife, Gomera, Palma y la última llamada el Hierro. Cuatro están habitadas por cristianos, esto es, Lanzarote, Fuerteventura, Gomera y el Hierro, y las otras tres son de población idólatra. Los cristianos viven de pan de cebada, carne y leche, casi todo de cabra. No tienen vino ni grano y recogen pocos frutos, y tienen gran abundancia de asnos salvajes, sobre todo la isla de el Hierro. Una dista de la otra, en dirección oeste, cincuenta millas. Las ganancias de estas islas provienen de una planta que sirve para colorear, llamada orchilla, y también del cuero de piel de cabra de buena calidad, del sebo y del queso. Tienen una lengua muy difícil y no hay allí lugares amurallados sino solamente poblados rodeados de enormes montañas entre las que tienen sus casas.

De todas estas islas, cuatro de ellas son las más pequeñas, con un perímetro de noventa millas, pero aquellas que habitan los infieles son mucho más grandes y más populosas, sobre todo la isla de Gran Canaria con cerca de ocho mil almas, después le sigue Tenerife y luego la Palma que, aunque está poco poblada es una isla muy hermosa. Estas tres son muy poderosas hasta el punto de no temer ser sometidas por nadie. Tenerife es la isla más alta del mundo y, con cielo sereno, se puede ver desde el mar a una distancia de sesenta leguas (unas doscientas cuarenta millas) y en medio tiene un monte con forma de punta, altísimo, que arde continuamente. Esto es lo que dicen aquellos que la han visto y otros dicen que este monte tenía una altitud de seis millas. Estas tres islas, esto es, Gran Canaria, Tenerife y la Palma, tienen en número nueve señores que alcanzan el poder por la fuerza y a causa de estas tiranías se enfrentan entre



ellos en guerras muy violentas, y combaten no con armas, pues no las poseen, sino con piedras y mazas de madera y de esta manera ponen fin a las guerras. Y por esta razón están todos desnudos y, cuando se matan, realizan una extraordinaria acción: aunque unos están cubiertos con pieles de cabra y otros de manera similar para protegerse no tanto de las armas como del frío, si bien poco o ningún frío hay en ellas, obtienen un unguento, mezclando grasa de macho cabrío y jugo de hierba, con el que se untan para hacer sus pieles más gruesas.

Habitaban en las cuevas de las montañas y se alimentan de pan de cebada, carne y leche de cabra. Tienen vino e higos en abundancia. Recogen el grano en los meses de marzo y abril. No tienen religión alguna y adoran al Sol, a la Luna y a cualquier otra cosa que se les antoje. Entre ellos las mujeres no son en común pero cada uno toma tantas cuantas le placen, y ninguno de ellos, por vil que sea, se lleva a ninguna de sus mujeres a casa si antes no yace primero con su señor, por eso sería gran vergüenza si tal cosa no se hiciese, pues para ellos era seña de gran honor que su mujer yaciera con su señor. Y además de este uso, tienen otro muy parecido: una vez que el señor ha tomado el poder sin impedimento, uno de sus súbditos se presenta ante él y se ofrece a honrar la fiesta con su suicidio. Y para ver esto, es decir, la consecuencia de tal ofrecimiento, todo el pueblo se reúne en un valle muy profundo. Aquel que se ha ofrecido a morir por su señor sube a una altísima roca y, tras cumplir algunas ceremonias y pronunciar unas palabras en honor de su señor, se arroja al instante desde aquella enorme roca y precipitándose llega al fondo de aquel valle hecho pedazos, donde luego es hallado por el pueblo. Por este motivo, el señor queda muy obligado con sus parientes.

Estos isleños son extraordinarios saltadores y lanzando una piedra con la mano, la colocan allá donde quieren. Pintan sus carnes con jugo de hierbas y sus pinturas son de distintos colores, esto es, verdes, amarillos y bermellones, decoradas con muchos y hermosos animalitos y también con hojas u otras cosas entonces de moda. Y están en mitad del segundo clima en el paralelo sexto y su día más largo es de trece horas y media.

TRADUCCIÓN CASTELLANA DE LA OBRA DE
GIOVANNI BOTERO BENESE *RELATIONI UNIVERSALI*,
REALIZADA POR FR. JAYME REBULLOSA²

Giovanni Botero (Gioda, 1894) nació alrededor del año 1544 en la ciudad piamontesa de Bene Vagienna, al norte de Italia. A los quince años ingresó en el Colegio Jesuita de Palermo y un año después se trasladó al Colegio Romano en el que fue iniciado en la enseñanza de los pensadores católicos más influyentes del siglo XVI.

En 1565 viaja a Francia donde enseña filosofía y retórica en los colegios jesuitas de Billón y París. En estos años, el país estaba sacudido por las guerras de religión que dividieron el reino de manera dramática, especialmente París, que se

² Hemos actualizado el texto desde el punto de vista ortográfico y de los signos de puntuación.

convirtió en un foco de duras revueltas durante la estancia de Botero desde 1567 a 1569, fecha en la que se le hizo regresar a Italia al verse envuelto, al parecer, en una protesta contra los españoles. Entre 1570 y 1580 Botero fue sin rumbo de un colegio jesuita a otro, Milán, Padua, Génova y de nuevo Milán. En 1580 y tras un sermón que cuestionaba el poder temporal del Papa, fue expulsado de la Orden jesuita. Hasta ese momento había publicado algunas obras entre las que destaca un poema (1573) de estilo épico dedicado a Enrique III de Francia, y en 1583 un comentario en latín sobre las Escrituras hebreas titulado *Sobre la prudencia del rey*.

En esta época, la vida de Botero dio un giro radical al ser nombrado asistente personal del obispo Carlos Borromeo, quien lo introdujo en las cuestiones de la administración eclesiástica que le permitió mantener frecuentes relaciones con la nobleza de las ciudades del norte de Italia, y en especial con Carlos Manuel I de Saboya. A la muerte del obispo en 1584, continuó sirviendo a la familia como asistente de Federico, su sobrino. En 1585 formó parte de una misión diplomática a Francia en representación de Carlos Manuel I. Es posible que allí tuviera noticias del complot tramado para asesinar al rey francés. En 1588 publicó su *Delle cause della grandezza delle città*, en la que traza las virtudes generativas y nutritivas de una ciudad, anunciando las ideas de Thomas Malthus. En 1589 acabó su obra más famosa *Della ragione di Stato* que argumentaba contra la filosofía política y amoral de Maquiavelo. Basándose, en un primer momento, en las ideas políticas y económicas de Tomás de Aquino, Botero abogó por una mayor relación entre el príncipe y sus súbditos, la cual proporcionaría a la gente más poder en los asuntos de Estado. En este sentido, fue el precursor de las ideas de los pensadores liberales posteriores como John Locke o Adam Smith.

Durante la década de 1590 continuó al servicio de Federico Borromeo, quien llegaría a ser arzobispo de Milán. Botero se rodeó de la alta sociedad de Roma y Milán y publicó la obra que aquí nos ocupa gracias a la cual adquirió cierta fama, *Relazioni Universali* (1591-1595). A finales de 1599 regresó al servicio de la Casa de los Saboya para ser el tutor de los tres hijos de Carlos Manuel. Recorrerá con ellos España entre 1603 y 1607, manteniendo relaciones con los consejeros de Felipe III, quien daría a conocer sus ideas al Conde Duque de Olivares. Éste parece ser el momento de mayor influencia de su obra, pues no sólo la utilizó el Conde Duque sino que el propio Maximiliano de Baviera había hablado de ella con sus consejeros. De algún modo, la obra de Botero pudo modelar la política entre los estados europeos del siglo XVII. Los últimos años de su laboriosa vida los dedica a escribir la quinta parte de sus *Relazioni* y muere en Turín el 27 de junio de 1617.

Las *Relazioni Universali*, escritas en italiano, fueron publicadas originalmente en Roma por Giorgio Ferrari en tres partes entre 1591 y 1593, una segunda edición en cuatro partes (Roma, 1595) y una edición ampliada en cuatro partes (Venecia, 1596). El quinto volumen se publicó a finales del siglo XIX. Nuestro autor no se limita a una descripción geográfica de los países del mundo sino que también da a conocer toda su historia política y económica, incluyendo otro tipo de noticias relevantes. El título hace referencia a las relaciones de la Iglesia «universal» católica en varias partes del mundo; es un tratado sobre las fuerzas de todos

los poderes de Asia y Europa, e incluso de América. La primera parte contiene la descripción de Europa, Asia, África y del Nuevo Mundo, además de las costumbres, riquezas y negocios de algunas naciones; la segunda, trata sobre los más importantes soberanos del mundo; la parte tercera y cuarta se dedican exclusivamente a las religiones del mundo y a las creencias y supersticiones del Nuevo Mundo. En el libro dedicado a las islas, hace un recorrido por el Pacífico, Mar de la China, de las Molucas, de la India, de Arabia, de Etiopía (Canarias), del Caribe Septentrional, del Norte y, por último, el Mediterráneo. Esta obra señala los comienzos de los estudios demográficos y su fama fue tal que se realizaron diecisiete ediciones en diez años, tres traducciones al latín y muchas más a otras lenguas europeas: alemán (Múnich, 1596), francés (Ámsterdam, 1602) e inglés (Londres, 1603). Fue considerada durante más de un siglo como la mejor obra geográfica.

[Libro VI, pág. 399] *Canarias se llaman hoy las Islas Fortunadas, las cuales han sido incógnitas desde la caída del Imperio romano, hasta que una nave inglesa o francesa (sea la que fuere), arrojada de la fortuna, movió (con la nueva que dio de ella) a Juan de Betancor, caballero francés, para su empresa, el año de 1405, el cual como se puso en orden e hizo la gente en España, la empresa fue casi española; y viendo el Betancor conquistado Lanzarote, Fuerteventura y al Hierro, siguió después el descubrimiento don Fernando de Castro, por orden del Infante, enviado con una buena armada el año de mil cuatrocientos cuarenta y cuatro. Entre todas son doce (aunque los antiguos sólo hacen mención y memoria de seis) esto es, las susodichas, y la Gran Canaria, Palma, Gomera, Santa Clara, la de los Lobos, la Roca, la Graciosa, la Alegranza y el Infierno. Abundan universalmente de hordio, y cebada, azúcar, miel, cabras, quesos, cueros y orchilla, hierba buena para teñir paños, de la cual hay comercio de alguna importancia, y entre otros animales hay también camellos. Los naturales descubren bonísima disposición y notable agilidad pero antes que fuesen descubiertos, eran tan materiales y torpes que ni aún alcanzaban uso del fuego. Creían en un Creador del mundo, castigador de reos y remunerador de buenos; y en esto solo concordaban todos, porque en lo demás eran diferentísimos. No tenían hierro pero si lo podían alcanzar estimábalo mucho para su servicio. No hacían caso del oro, ni plata, diciendo que era locura tener en algo lo que no sirve para algún instrumento mecánico. Peleaban con piedras y palos, rapábanse las barbas con ciertas piedras, como de pedernal. Las madres no gustaban dar el pecho a los hijos y así los entregaban a las cabras. Gustaban mucho de cierto baile, que se usa también en España y otras partes, que por haber tenido origen de ellos se llama «canario»; de aquí se traen los canarios, pájaros tan estimados por su canto. La mayor de estas islas es la Gran Canaria, que boja noventa millas y tendrá como nueve mil vecinos. Tenerife no es tan grande y hay opinión que es la más alta isla del mundo por un monte que tiene figura casi de diamante, de quince leguas de subida, según dicen, el cual se descubre de más de sesenta. El Hierro ni tiene fuente, ni pozo, pero cierta niebla, que cubre un árbol, la provee admirablemente de agua, destilando tanto humor cuanto es menester para los hombres y las bestias. Esta niebla comienza antes que salga el sol y se deshace en agua otras tantas horas después de salido, y esta agua se recoge en cierta pila hecha al pie del árbol. La Palma es pequeña pero hermosa y rica de azúcar, vino, carne y quesos, por lo que las naves que pasan de España al Perú y al Brasil se proveen ordinariamente en ella de refresco. Está de Lisboa a mil millas de mar sujeto a grandes borrascas, particularmente de maestras. De estas islas, Lanzarote, Hierro y la Gomera son de particulares, y las otras de la Corona.*

TEXTO LATINO Y TRADUCCIÓN CASTELLANA DE
LA OBRA DE JOHANN WÜLFER *DE MAIORIBUS OCEANI INSULIS
EARUMQUE ORIGINE BREVIS DISQUISITIO*³

[pp. 50-51] [...] **Insula S. Brandani**, alias Brondonis, mentitur, quam ab ingente fertilitate, rerum omnium affluente copia, & incolis Christianis, commendant, in Atlantico mari, centum circiter leucis a Canariis Zephyrum versus sitam, quamque mox oculis usurpatam, mox evanidam, & conspectui navigantium ereptam nonnulli credunt; quapropter etiam complures meras Satanae praestigias crediderunt, & Hispani Incantatam & Non repertam vocare consuevere. At vero, aut ab egregii Impostoris alicuius ficta est ingenio: aut aliarum Insularum, caput suum nivibus attollentium facies in Oceano exporrecta ipsis imposuit, ut novam insulam somnariarint, quae nunquam fuit, id quod etiam res ipsa egregie probavit: quamvis enim Hispani aliquoties e Canariis ad inveniendam hanc insulam, impigre classem emisserint, oleum tamen & operam perdiderunt, nec voti damnari potuerunt unquam, ut vel latum eius insulae unguem repererint.

[...] *La isla de San Brandán, o de Brondón, es engañosa. La alaban por su enorme fertilidad, por su abundancia de todas las cosas y por sus habitantes cristianos; está situada hacia el oeste a unas cien leguas de Canarias. Algunos creen que esta isla fue vista, luego desapareció y huyó de la mirada de los navegantes; por esta razón muchos creyeron que eran sólo engaños de Satán y los españoles la suelen llamar la Encantada y No Hallada. Mas o ha sido urdido por el ingenio de algún notable impostor o los engañó la imagen proyectada en el Océano de otras islas, que elevan su cumbre nevada, de modo que vieron en sueños una nueva isla que nunca existió, pues incluso un hecho concreto lo demostró perfectamente: en efecto, aunque los españoles algunas veces enviaron con rapidez una flota desde Canarias para encontrar esta isla, sin embargo perdieron el tiempo y el trabajo y nunca pudieron lograr su deseo, a pesar de que incluso hallaron una ancha uña de esta isla.*

[pp. 128-129] [...] **Brandani insula**, vel ut alii scribunt, Borodonis, Brendaonis, Paradonis, e Ptolomaei Inaccessa, quam ΑΠΌΣΙΤΟΥ vocavit, nata esse videtur, ut bene iudicavit Vossius, nomenque a Sancto quodam in Scotia eam accepisse valde probabile est. Ubi sita fuerit, inter eos ipsos, qui has fabulas commenti sunt, non optime convenit, ut, quid de ea iudicandum sit, hinc facile appareat. Verissime enim dixit celeberrimus Vossius in *Not. ad Melam* pag. 311. Quamvis etiam illi, qui haec maria sulcarunt, hanc describant, ac non desint quoque, qui se eminus eam vidisse affirmant, quique naturam soli ac incolarum statum commemorant, haec tamen omnia efficere non possunt, quo minus insula haec fabulosis non sit accensenda. Ideo & Varenius totam narrationem sibi vanam videri fatetur in *Geogr.* pag. 75 eamque etiam pro mera fabula habet Hornius, & recte insulam, quae nusquam est, Cimmeriis nebulis tegi affirmat Lib. I *de orig. gent. Americ.* p. 37.

³ Cf. Günter, 1732-1750: 1428.

[...] *La isla de San Brandán, o según escriben otros, de Borondón, Brendaón o Paradón, parece que tuvo su origen en la Inaccesible de Ptolomeo, a la que llamó Apositon, como correctamente consideró Vosio, y es muy probable que se la denominase así por un santo de Escocia. No existe un acuerdo definitivo entre los propios comentaristas de estas fábulas sobre dónde ha podido estar situada, para que aquí fácilmente se tenga una idea clara de lo que se debe opinar sobre ella. En efecto, muy acertadamente dijo el famosísimo Vosio en sus Observaciones a Mela, página 311. Por más que incluso aquellos que surcaron estos mares la describan y no falten también quienes afirmen que la han visto de lejos y quienes recuerden la naturaleza de su suelo y la condición de sus habitantes, sin embargo todas estas cosas no pueden lograr que esta isla deje de formar parte de los relatos fabulosos. Por ello también Varenio reconoce, en su Geografía, página 75, que toda la narración le parece falsa, y Hornio la tiene también por pura fábula y afirma sin temor en el libro 1 de Sobre el origen de los pueblos de América, página 37, que la isla que no se halla en ningún sitio está cubierta por las brumas cimerias.*

[pp. 32-33] [...] Quidquid enim divinus etiam Plato de **Atlantide** sua, extra Herculis columnas sita insula vendit, id tamen omne nec diem nec consulem adscriptum habet & sic praeterea comparatum est, ut Americae non conveniat, tot nugis ac fabulis admixtis, quae aperta inter se dimicant fronte, telisque propriis se confodiunt, quam difficultatem ipsi etiam Platonis admiratores, qui causam eius defendendam sibi sumserunt, agnoscere oppido coacti sunt.

[...] *Todo lo que, en efecto, el divino Platón también alardea sobre su Atlántida, una isla situada más allá de las Columnas de Hércules, sin embargo todo ello no tiene ni fecha ni consúl asignado y además se dispuso que no tenía relación con América, entremezcladas tantas frivolidades y fábulas que luchan entre sí y abiertamente se atraviesan con sus propias armas. Es tal la dificultad que hasta los propios admiradores de Platón, que asumieron la tarea de defender su causa, se vieron obligados a reconocerla.*

[pp. 108-110] [...] An fidem Plato in *Timeo* & *Critia* mereatur in iis, quae de **Atlantide** insula scripsit, iudicent doctiores. Quicquid autem aliis etiam videatur, inficias tamen nemo eorum iverit, fabulosa esse tum quae de tempore novem millium annorum narrat, tum de bello ab Atheniensibus cum iis gesto, qui ultra columnas Herculis habitasse feruntur. Superat enim haec chronologia tot annorum ipsam creationem mundi, nec de hoc Atheniensium bello quicquam ab Historicis memoriae fuit proditum, quos rerum harum gestarum vel adeo rudes vel negligentes fuisse ac socordes nemo dixerit. Nec vero nisi auritus saltem testis horum omnium fuit Plato, cum ingenue confiteatur, se haec singula a Saiticis Aegyptiorum Sacerdotibus accepisse, qui nisi data opera, ex credulitate tamen aliqua aut fingendi quadam libidine & ipsi, fucum facere eidem potuerunt. Et quamvis lubens fatear, priscos aliquando vera etiam fabularum pigmento incrustare solitos, non tamen ex eo tuto concludere licet, id etiam hic a Platone factum esse, cum nullam causam habuerit, cur narrationem de Atlantide insula fabulis involveret, quam bene noverat iisdem suspectam potius & dubiam reddi posse. Et vero, si concederemus etiam, Platonem vera omnia de Atlantide dixisse, non tamen inde sequeretur oppido, Americam eam fuisse; quid si enim alia praegrans insula fuerit, (non tanta tamen, quantam Plato statuit) quae in Oceano Atlantico inter Africam & Americam posita fuerit, eundemque situm, quae Insulae Canariae, Azores & c. habuerit? Ut

Kircheri visum est Tom. 1 *mund. subt.* p. 82 quaeque Oceani ultro citroque molientis violentia tandem intercederit, quemadmodum alias insulas quoque intercedere & mole sua labi constat. Nec firmior est aliorum Veterum probandi ratio aut certius testimonium; vel enim Platonem secuti sunt, vel aliter intelligi possunt verba illorum. Infirmum autem prorsus est, quod de nummo Augusti quidam asserunt, quem effigie eius signatum ac in America repertum aiunt: Vidit enim imposturam huius rei dudum Rupertus in *Dissert. ad Valer. M. Lib. IV, cap. 6. Dissert. II.*

[...] *Los más sabios consideran si merece crédito lo que Platón escribió en el Timeo y en el Critias sobre la isla Atlántida. Ahora bien, sea lo que sea lo que incluso les parezca a otros, con todo, ninguno de ellos ha negado que es propio de las fábulas tanto lo que narra sobre la época de nueve mil años como sobre la guerra llevada a cabo por los atenienses contra éstos que se dice que habitaron más allá de las Columnas de Hércules. En efecto, esta cronología de tantos años sobrepasa la propia creación del mundo y nada acerca de esta guerra de los atenienses ha sido transmitido a la posteridad por los historiadores a quienes nadie ha tachado de ignorantes, a tal extremo, de estas hazañas o de negligentes y estúpidos. Pero ni siquiera Platón fue testigo de todo esto sino que transmite lo que ha oído, puesto que confiesa sinceramente que él tuvo conocimiento de cada una de estas noticias gracias a los sacerdotes saíticos de los egipcios quienes, si no con propósito deliberado sí al menos por algo de ingenuidad o cierto deseo de inventar, también pudieron inducirle a engaño. Y si bien reconozco de buen grado que los antiguos suelen a veces revestir las verdades con los adornos de las fábulas, sin embargo de ello no se puede extraer con seguridad la conclusión de que esto también aquí hiciera Platón, ya que no tuvo ningún motivo para envolver la narración de la isla Atlántida con fábulas, narración que, más bien llena de sospechas y dudas por todo ello, no estaba seguro de si se podía contar. Pero si admitiéramos que Platón dijo toda la verdad sobre la Atlántida, con todo, no se deduciría de ello que esta América tuviese que ver con la ciudad. Pues, ¿qué habría que objetar si hubiera existido otra enorme isla (no tan grande, sin embargo, como la consideró Platón) que hubiese estado situada en el Océano Atlántico entre África y América y hubiese tenido la misma ubicación que las Islas Canarias, Azores y las demás? Según creyó Kircher en el tomo 1 de su Mundo Subterráneo, página 82, que por la sacudida del Océano, al moverse de un lado al otro, al final haya desaparecido, como es cosa sabida que otras islas también se deslizan por su masa y desaparecen. Y no es demasiado seguro el método de demostración de otros escritores antiguos o demasiado cierto su testimonio, pues o siguieron a Platón o las palabras de aquéllos se pueden entender de manera distinta. Carece de total solidez lo que algunos aseguran sobre una moneda de Augusto que, dicen, acuñada con su imagen, fue encontrada en América: en verdad, hace ya tiempo Ruperto comprendió la impostura de este asunto en su Disertación sobre Valerio Máximo, libro IV, capítulo 6, Disertación II.*

[pp. 89-92] Maiorem difficultatem sententiae nostrae parere videntur illae Insulae (memini enim & hoc mihi dubium motum fuisse a Viro quodam doctissimo, mihi-que bene fuisse) quae excelsos montes habent, quarum celebriorum sunt **Insulae Canariae** seu Fortunatae dictae, e quibus una Teneriffa appellata altissimum telluris montem, ab intervallo sexaginta milliarium in mari conspicuum alit, cui par, ni maior etiam, aestimetur alius Picus dictus in una Azorum Insularum, quae ipsa etiam nomen Pico habeat, & quos altissimas in Oceano radices egisse ingens eorum altitudo comprobet, quosve fluctibus moveri posse utut immanissimis impossibile

prorsus sit. [...] Adeo altas autem radices ad imum fundum cum excelsi etiam montes in maribus non semper agant, nescio sane, an adeo frivolum ac ineptum iudicandum sit, si montem Picum in Canariis Insulis (quem pro omnium maximis quidam habent) e concavorum quoque montium numero esse dicam [...]. Et haec mea etiam de Insulis promontorii Viridis, ac Azoribus est sententia: illas enim aequae ac Canarias totius continentis partem quandam fuisse arbitror; has autem, ut viginti gradibus ab Africa distitas, cum Canariis concatenatas fuisse puto, id quod fidem haut difficulter apud Doctos reperiet, si Kircheri hypothesis vera est, Platonis Atlantidem eundem cum Canariis situm habuisse, ac inter Americam & Africam olim positam fuisse.

Parece que son el mayor obstáculo a nuestra opinión aquellas islas (pero también recuerdo que un hombre muy sabio me dispuso esta duda, siéndome de mucha ayuda), que tienen unos montes elevados, de las cuales las más célebres son llamadas Islas Canarias o Afortunadas. Una de ellas, denominada Tenerife, sustenta el monte más alto de la tierra, visible en el mar desde una distancia de sesenta millas; se considera igual a éste, si no mayor incluso, otro denominado Pico situado en una de las Islas Azores que también recibe el nombre de Pico. La enorme altitud de éstos confirma que clavaron sus profundísimas raíces en el Océano siendo totalmente imposible que las olas más gigantescas los puedan mover [...]. Pero, puesto que incluso los montes elevados no siempre profundizan tanto en los mares con sus hondas raíces hacia el profundo abismo, no sé verdaderamente si se debe juzgar además insustancial y absurdo si digo que el monte Pico en las Islas Canarias (al que algunos tienen por el mayor de todos) pertenece también a los montes cóncavos. [...] Y ésta es también mi opinión sobre las Islas de Cabo Verde y las Azores: creo que aquellas, lo mismo que las Canarias, formaron parte de todo el continente; ahora bien, pienso que éstas, como quiera que están diseminadas a veinte grados de África, estuvieron unidas a las Canarias, idea que hallará crédito sin dificultad entre los expertos, si es cierta la hipótesis de Kircher de que la Atlántida de Platón estuvo en la misma posición que las Canarias y en otro tiempo estuvo situada entre América y África.

TRADUCCIÓN CASTELLANA DE LA OBRA DE VINCENZO CORONELLI, *ISOLARIO*⁴

Vincenzo Maria Coronelli nació en Venecia el 16 de agosto de 1650. Fue el quinto hijo de un sastre veneciano llamado Maffio Coronelli. Con tan sólo diez años de edad lo encontramos en la ciudad de Ravena ejerciendo de aprendiz de xilógrafo y en 1663 ingresó en la Orden franciscana, convirtiéndose en novicio en 1665 y publicando a los dieciséis años su primera obra. En 1671 entró al servicio del Convento de Santa María la Gloriosa de Florencia y un año después fue enviado por la Orden al Colegio de San Buenaventura y los Santos Apóstoles de Roma en el que inició en 1674 sus estudios de Teología, graduándose unos años más tarde.

⁴ Sobre el islarío cf. Milanesi, 1988: 42-43. Vid. también Donattini, 1999: 23; Armao, 1944.

Antes de 1678 Coronelli ya había comenzado a trabajar como geógrafo y en 1678 Ranuccio II Farnesio, duque de Parma, le encargó la realización de un globo terráqueo y otro celeste. Tan impresionado quedó el duque que lo convirtió en su teólogo. Este trabajo llamó la atención del embajador francés en Roma, el cardenal César D'Estrées, amigo y consejero del rey Luis XIV, quien lo invitó a París en 1681 para que construyera otros dos globos en la corte francesa. Durante dos años vivió en París y posteriormente viajó y trabajó en varios países europeos. En 1705 regresó a Venecia donde comenzó su propio proyecto cosmográfico, publicando los volúmenes de su *Atlante veneto* (1691-1696). Fundó además la primera sociedad geográfica del mundo, la «Accademia cosmografica degli Argonauti», y fue nombrado cosmógrafo de la República de Venecia. Más tarde vio la luz la primera enciclopedia en italiano, la *Biblioteca Universale Sacro-Profana*, editada entre 1701 y 1706, que no llegó a concluir pues sólo aparecieron los seis primeros tomos de los cuarenta y cinco planeados. Coronelli murió en Venecia el 9 de diciembre de 1718 a la edad de 68 años.

El *Isolario del Atlante veneto*, publicado 1696, se presenta como un suplemento de los catorce volúmenes de la obra de Blaeu, quien no había dedicado especial atención a las islas; así pues, según el autor, su trabajo viene a completar el atlas holandés. La obra de Coronelli nos transmite una idea del mundo insular muy particular, pues define la isla como un lugar, por su naturaleza, mucho más inestable que la tierra firme y, en mayor medida que el continente, sujeto a modificaciones constantes debido a fenómenos naturales violentos. En este sentido, utiliza la imagen del dios Hermes-Mercurio como representación de una realidad confusa, inaprensible, irreducible a cualquier esquema ordinario. Como era propio de la geografía barroca, encontramos en la obra del padre Coronelli la materia insular excesivamente ampliada hasta el punto de ocupar dos grandes tomos (el tomo I dedicado a las islas del Mediterráneo y el II a las oceánicas), sin embargo, el autor se entrega con entusiasmo a su labor, advirtiendo que los textos disponibles sobre la materia, como por ejemplo los de Bordone o Porcacchi, son libritos de pocas páginas. Esto no siempre es cierto pues el islarío de Piacenza *L'Egeo redivivo*, publicado unos años antes, ocupaba más de seiscientas páginas y no sólo eso sino que además el propio Coronelli extrajo de él muchos datos y noticias. En cuanto a su contenido, no es ni mucho menos de índole exclusivamente geográfica pues, cuando es posible, impregna la obra con informaciones históricas, mitológicas o de civilización, razón por la cual su descripción, según sus propias palabras, quiere ser geográfico-histórica, sacro-profana, antigua-moderna, política, natural y poética. Con este fin aúna una serie de materiales heterogéneos procedentes de autores antiguos y modernos, dándoles una unidad y componiendo lo que parece más un libro de entretenimiento que un grave y riguroso texto científico.

[p. 85] *DE LA ISLA ATLÁNTIDA*

Si creemos en el Critias y en el Timeo de Platón, la isla Atlántida superaba en tamaño a África y Asia juntas y ocupaba la mayor parte del Océano llamado Atlántico, a la salida del Estrecho de Gibraltar. Cuenta igualmente que las islas que la rodean son las que actualmente llamamos Cuba, Española, Puerto Rico y el resto de las Antillas.



Además asegura Platón que la isla Atlántida fue sumergida por un gran diluvio motivo por el cual el mar quedó innavegable debido a la gran cantidad de bajos y escollos. Pero, ya que con el paso del tiempo desaparecieron las ruinas de esta vasta isla hundida, al final fue posible la navegación. A pesar de que tal narración parece una ficción poética, sin embargo la mayor parte de los intérpretes de Platón afirma que, aunque la historia sea insólita, cumple todo lo que Critias cuenta del extraño fin de la Atlántida, de su tamaño, de su prosperidad y de las guerras que emprendieron los pueblos de esta gran isla contra los europeos. A pesar de todo, otros seguidores de Platón, considerando que todo esto tiene mucho de fabuloso, sostienen que se debe entender alegóricamente y que ésta era la pretensión del divino filósofo. Ésta es la opinión de Proclo, Porfirio y Orígenes. El argumento que aún utilizan para demostrar que allí estuvo realmente la isla Atlántida es que el mar hoy se llama mar Atlántico, pero tiene poco valor. Mientras que se sabe que en la última parte de Mauritania está el monte Atlas que, según Plinio, es la razón por la que el mar se llama Atlántico, y cuenta igualmente el mismo autor que en frente del citado monte hay una isla llamada Atlántida, bastante pequeña y malvada. Sin embargo, lo cierto es que, aun cuando el diluvio hubiese engullido una isla que superaba en tamaño a Asia y África, habría algún vestigio de ella en el Océano. Además, todos los pilotos están de acuerdo en la idea de que éste es un mar sin fondo y que la extensión de las dos Américas, no es mayor ni igual al vasto contorno de Asia y África.

[pp. 92-96] ISLAS CANARIAS

Según la opinión de los más expertos geógrafos, las Islas Canarias se cree que son las que Ptolomeo y Plinio llamaron Afortunadas, por la pureza del aire. En un solo punto, los modernos más famosos se refrenan al suscribirse a la opinión de los antiguos, a saber, Ptolomeo no las ubica sino a 16 grados de latitud norte. Éstos aseguran que la más septentrional se sitúa a 33 grados. Otros opinan que dichas Islas Afortunadas son las mismas que llaman de Cabo Verde, sobre las que hablaremos en su lugar. Escribieron algunos que estas islas tomaron la denominación de Canarias de la más grande de ellas debido a la gran cantidad de perros que allí encontraron los primeros descubridores; pero este nombre de Canarias fue reconocido también por Ptolomeo y por Plinio.

Los moros de Berbería las conocen con el nombre de Elbard, que significa «altura», por las montañas que hay en ellas. Ptolomeo redujo su número a seis: Aprosita, Hera o Autolola, Pluitalia, Casperia, Canaria y Centuria. Plinio reconoce igualmente seis: las dos Ómbrio, la grande y la pequeña, Junonia, Capraria, Nivaria y Canaria. Algunos consideraron que en lugar de las islas de Ómbrio y de Junonia debemos entender las de Porto Santo y Madeira pero, según el cálculo más moderno, puesto que son siete las Islas Canarias, las islas de Porto Santo y de Madeira no están incluidas allí. Otros quieren confundir Pluitalia y Lanzarote, Casperia o Capraria con Fuerteventura y suelen llamar a las Canarias con estos siete nombres: Palma, Fiero o Hierro, Gomera, Tenerife, Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote. Purchas añade algunos islotes como Lobos, Roca, Graciosa, Santa Clara, Alegranza e Infierno; por otro lado, según Sanuto, son Foca, Santa Clara, Roca, Graciosa y Alegranza. Ortelio le suma a éstas la Salvaje o Desierta que en nuestros mapas llamamos Selvática, que creemos que es la misma que Sanuto llama Foca. Thevet registra también aquí la isla de Cervi, llamada por Ortelio «de Coro». Pero ya que son en sí mismas poco importantes, no merecen una especial consideración.

Las Canarias se sitúan en el Océano Atlántico, teniendo a la vista por oriente las costas de África, entre 26 y 33 grados de latitud norte y entre el primero y séptimo grado de longitud. A pesar de que éstas fueron conocidas por Plinio, Estrabón y otros escritores

antiguos, sin embargo han quedado sepultadas en el olvido por la desidia de los escritores posteriores hasta el año 1405, o como quiere el abad Braudrand, hasta 1348, en el que Juan, Rey de Castilla, cedió todos sus derechos sobre esta isla a un caballero francés, nativo de Caux en Normandía, llamado Juan de Betancour quien, provisto de todo lo necesario, navegó a la conquista de estas islas. Su primer desembarco fue en la isla de Lanzarote, donde construyó una iglesia y un convento en honor del seráfico padre san Francisco. Luego regresó a España, cediendo su jurisdicción, según escribe Gramaye, a Diego de Herrera por una cierta suma de dinero. Éste se apodera de la isla de Fuerteventura, llamándola así en honor de san Buenaventura en cuya festividad entró en el puerto de esta isla. Después de tal empresa, sojuzgó las islas del Hierro y de Gomera, y esperando tener siempre la fortuna favorable, intentó someter a las demás, pero no lo logró. Por esta razón decidió, siendo prudente, ceder sus derechos al rey Fernando que envía una poderosa armada a asediar Gran Canaria y, tras un duro enfrentamiento entre ambas partes, fue vencida y obligada a someterse a Fernando, así como las otras, conquistadas por Alfonso de Lugo y Pedro de Vera, por orden del mismo rey. El suelo de las Canarias produce un vino tan exquisito que no sólo las estériles tierras de las provincias septentrionales sino también las más fértiles de la misma Europa se complacen en ponerlo en las mesas de sus príncipes. A este suavísimo licor corresponde la abundancia de muchas otras delicias. Dado que tienen más variedad de grano del que necesitan, pues allí se recoge en gran cantidad, son ricas aquellas islas, verdaderamente «afortunadas», en frutas exquisitas y muy apreciadas como las naranjas, cidras, higos, granadas, duraznos, cañas de azúcar y dátiles. Allí germina además una planta, llamada comúnmente orchilla, que los botánicos, es decir, los herbolarios consideran la falaris de Dioscórides. Sus habitantes recogen la semilla de esta planta para alimentar a unos pajaritos muy estimados en Europa, llamados comúnmente «canarios», o sea, serín de Canaria. Albergan también muchas otras especies de animales tanto aves como cuadrúpedos y especialmente bueyes, cabras, asnos salvajes y otros. Y el mar no es menos fértil en apreciados peces; baste decir que el esturión es tan común que sirve para sustentar y alimentar a los pobres.

Estas islas, además de ríos de agua purísima, tienen muchos canales fabricados ingeniosamente en los que las procelosas olas de la marea introducen agua salada que, azotada por los ardientes rayos del sol, se endurece y se convierte en sal. Los pueblos de los alrededores son robustos, vigorosos, muy sanos, de tez morena, de nariz chata y ancha, graciosos y muy esbeltos, valerosos, audaces, partidarios de las armas y aficionados a la guerra. Allí han quedado muy pocos de los antiguos bárbaros, que los españoles llaman «Guanclas», quienes se han moderado adaptándose a las costumbres y cultura de los europeos. Hablan poco pero muy dulcemente y, entre sus múltiples lenguajes, la lengua española es muy común y todos la entienden bien.

Al ser, pues, Gran Canaria la principal y más notable, es Sede Episcopal de la Inquisición y del Gobernador de las demás islas, quien generalmente decide sobre los asuntos difíciles y sobre los pleitos más antiguos, con la autoridad casi absoluta del Monarca de España. Todos profesan la fe católica y la dirección espiritual proviene del prelado de Gran Canaria, sufragáneo del arzobispo de Sevilla en España. Las mercancías que los extranjeros exportan desde estas islas consisten, sobre todo, en vino de Gran Canaria, cueros de cabra, azúcar, frutas y algunas otras cosas valiosas ya mencionadas.

ISLA DE GRAN CANARIA

Todos los geógrafos coinciden en que esta isla fue llamada también por los antiguos con este mismo nombre de *Gran Canaria*. Está situada en nuestras tablas a 27 grados de

latitud norte, entre 4 y 5 de longitud. Su longitud es de cuarenta millas italianas, pero Thevet, que opinaba que tenía forma redonda, no le asigna sino doce leguas francesas. En esta isla, como capital de todas las Canarias, se hallan todos los Tribunales Supremos, tanto en lo espiritual como en lo temporal, estando allí el Obispo en representación del Sumo Pontífice y el Gobernador en la del Rey de España. Esta autoridad tan amplia les viene concedida por su lejanía y difícil acceso a las primeras fuentes de autoridad inapelable. La generosa piedad de los mercaderes aumenta el esplendor de esta capital, ya que construye en la ciudad un convento de religiosos de san Francisco y muchos otros dispersos por la isla a fin de que aquellas almas quedaran oportunamente provistas y reconfortadas en sus necesidades espirituales con la administración del sacramento y la propagación del Santo Evangelio. Gáldar y Guía son dos pueblos que también se encuentran en esta isla, adornados con las sublimes cualidades antes señaladas, que los muy propicios influjos del cielo concedieron a estas regiones.

ISLA DE FUERTEVENTURA

La isla de **Fuerteventura** se considera la Casperia de Ptolomeo y la Capraria de Plinio. Esta isla es la más cercana a África, en frente del cabo Bojador, al lado de la tierra firme de Berbería. Situada entre las islas de Lanzarote y Canaria, a 27 grados de latitud norte y 5 a 6 de longitud. Cuatro hermosos pueblos situados en las playas del mar la adornan tan bellamente que la isla parece un suntuoso teatro fabricado ingeniosamente. Los isleños los llaman vulgarmente: Lanagala o Lanagla, Tarafalo, Pozo negro y Richeroque. Tiene dos puertos, uno hacia el norte llamado Cabras y otro más seguro situado a occidente, que la hacen más rica por el continuo tráfico. Y aunque la isla no tenga sino quince leguas de larga y tres de ancha, sin embargo las gracias que el cielo allí vierte no son para nada inferiores a las que la naturaleza concede a sus vecinas.

Muchos prefieren el nombre de isla de **Lanzarote** en lugar de la Pluitalia de Ptolomeo o la Pluvialia de Plinio y otros la confundieron con la isla del Hierro. Está situada al norte, próxima a Fuerteventura y al occidente de Gran Canaria. Tiene forma ovalada y no más de dieciséis millas de largo, rodeada de muchos islotes, algunos nombrados en nuestros mapas y otros sin nombre. Se encuentra a 28 grados de latitud norte y a 6 de longitud, con su ciudad de Gayas que en el año 1618 fue sometida por la fiera de los bárbaros y corsarios argelinos al saquear toda la isla, privada también de sus habitantes esclavizando a 1.468. Fue una pérdida tan importante para esta isla que, con las heridas abiertas aún hoy, puede llamarse la desafortunada entre las afortunadas, gimiendo bajo las ruinas y míseros restos de la despiadada barbarie de los corsarios.

La isla de **Tenerife**, llamada de otro modo Denfer, se denomina así en vez del nombre pliniano de Nivaria. Está situada entre 27 y 28 grados de latitud norte y segundo de longitud. Se equivocó Gramaye al reducir su longitud por lo que nosotros, haciendo caso a los informes de Sanuto, Thevet y las últimas navegaciones, la admitimos como la más extensa de todas las Canarias, con ochenta millas de perímetro. Allí se eleva sobre las nubes una montaña, llamada Pico de Tenerife, que puede contarse sin exageración entre las más sublimes del mundo dado que muchos escribieron que casi no bastaban tres jornadas para alcanzar su cima y que los navegantes la divisaban a una distancia de sesenta leguas. Muchos se equivocan al equiparar este tipo de volcanes con el llameante Etna de Sicilia, haciéndole vomitar brumosas llamaradas de fuego. Pues este Pico está siempre cubierto de nieve y quienes en la estación más cálida se han encaminado a su cima, no han descubierto jamás ni llamas ni humos ni siquiera pequeñísimas señales de una chispa de fuego ni ninguna erupción. Desde la cumbre de esta montaña se pueden ver cla-

ramente todas las islas de alrededor y parece que, colocadas a sus pies, se los besa. Pero lo que es maravilloso y digno de ser reseñado, si de verdad existe, es lo siguiente: desde lo alto de dicho Pico se divisa frecuentemente una isla que no está trazada en los mapas de los cartógrafos. Su naturaleza es tal que los navegantes, al surcar los mares, no la han encontrado, ni visto ni han arribado a ella sino por casualidad; algunos que de manera inesperada han entrado allí, después de haber salido de la misma, nunca les ha sido posible encontrarla, aun cuando se habían empleado con diligencia. Por ello la llamaron la isla Encantada. Quien quisiera descubrir una razón natural, podría decir que la masa de densísimos vapores que allí se ven, dificultan su descubrimiento, esto es, que la naturaleza ha situado esta isla tan a ras del agua que las olas continuas del mar la ocultan o que esta isla sea una de las flotantes que con sus cambios de lugar burlan las observaciones de los más expertos pilotos.

Además del vino, granos y azúcar que se recogen abundantemente en la isla de Tenerife, es agraciada también con muchos yacimientos de azufre, que enriquecen el comercio gracias a la considerable cantidad que los extranjeros exportan a provincias lejanas. Los ingleses hacen allí también acopio de una planta que los isleños llaman legnan, que se sirve en Inglaterra en lugar del regaliz extrayendo de ella unos jugos apreciados y medicinales. Las otras plantas, como la de los albaricoques y duraznos, son tan fecundas que maduran sus frutas dos veces al año. A los cítricos les gusta tanto este clima que allí hay en cantidades extraordinarias y sobre todo limoneros que los españoles llaman «preñados», es decir, embarazados. Son tan gruesos que su misma corteza oculta otros pequeños limoneros. Los canarios, también llamados serín, las codornices, perdices, tórtolas y otras aves son muy habituales en esta isla, que también está bañada por fuentes de aguas muy plácidas con sabor a leche. En la playa de este mar crece una hierba tan pestilente y venenosa que si un caballo la comiese, su muerte sería inevitable. Entre esta isla de Tenerife al oriente, la del Hierro al occidente y la de Palma al norte, está situada la isla de la Gomera o de Gomer a 27 grados de latitud norte y primero de longitud, que se extiende treinta y dos millas de perímetro en su mayor longitud. Algunos escollos sin nombre la circundan por la parte oriental pero actualmente está toda desierta, sin cultivar y deshabitada quizá porque fue azotada por las guerras o destrozada por los asaltos y la barbarie de los corsarios, como aquella de Lanzarote citada hace poco. Pero quien cultivase su terreno no lo encontraría menos fértil que los otros próximos, tanto en su preciado vino como en la abundancia de azúcar y otros frutos propios de estas islas.

La más occidental de las Canarias, excepto aquella del Hierro, es la isla de **Palma**, situada a 28 grados de latitud norte y primero de longitud, de la que se adueñaron los españoles en el año 1493. Su mayor extensión de sur a norte es de treinta millas de circuito pero, aunque su perímetro quede bastante limitado por su pequeño contorno, sin embargo la fertilidad de su territorio es tal que no es inferior a la de los más provechosos pues el vino, azúcar, frutas, rebaños, leche y queso allí resultan exquisitos. Hay en ella un pequeño pueblo llamado Santa Cruz de Palma, muchas aldeas y una montaña que lanza llamas. Se vieron salir de ésta en el año 1677 unos fuegos subterráneos, con temblores de tierra bastante notables por su cualidad y duración. El 13 de noviembre, poco después de la puesta de sol, la tierra tembló a lo largo de trece leguas en torno a las playas. El terremoto, acompañado de terribles truenos, duró cinco días durante los cuales la tierra se abrió en muchos lugares. La abertura más grande fue en la montaña llamada de las Cabras, alejada del mar una milla y media, de donde salió un gran fuego que arrojaba piedras y algún mineral fundido. El mismo suceso llegó a muchos lugares cercanos y en menos de un cuarto de hora se dirigieron hacia el pie de la montaña hasta dieciocho barrancos vomitando llamas y piedras ardientes, pero era tanta la cantidad

que se formó una especie de río de fuego. Ésta dirigió su curso por las llanuras «de los Canios» y chorreaba con gran fuerza por la zona de la Fuente Santa. Pero, una vez que llegó cerca de una gran pendiente, giró a la derecha y se precipitó hacia el Puerto Viejo, aquel donde los españoles atracaron cuando se convirtieron en señores de esta isla. El 20 de noviembre se hizo una segunda abertura en la Montaña de las Cabras por donde también salían piedras y fuego con grandes temblores y truenos que prosiguieron más días. Las cenizas, que eran negras, se esparcieron a lo largo de siete leguas y, al quedar árido todo el territorio vecino, obligó a los aldeanos a regresar a un refugio más seguro, alejándose de estos volcanes.

Aquella isla que los españoles llaman **Hierro**, los portugueses *Fierra*, los italianos *Ferro* y los franceses *du Fer*, está a 25 millas alejada de la isla de la Gomera hacia oriente, situada a 27 grados de latitud norte y la más meridional de las Canarias. Pero, en todos los mapas de nuestro Atlas, hemos comenzado a enumerar los grados de longitud tomando como referencia su parte más occidental, como todavía, por el Edicto de Luis XIII, casi todos los geógrafos modernos hacen pasar el primer meridiano por allí. También aquí afirman algunos que la isla del Hierro es la *Ómbrión* o la *Pluvialia* de Plinio o de Solino. En toda esta isla no mana ni una sola gota de agua dulce, pero la inconstante providencia de aquel Dios que en los efectos prodigiosos de la naturaleza nos descubre alguna pizca de su inescrutable omnipotencia, dotó a este terreno de un árbol maravilloso siempre cubierto de una finísima nube que jamás se retira ni cambia de forma salvo durante la hora del mediodía. Cuando el sol calienta con más fuerza la tierra, se va disipando poco a poco la niebla que proporciona a la planta una humedad que después destila del árbol en forma de agua tan clara como el cristal, hasta llegar a un estanque de piedra que los isleños han hecho colocar en la base del tronco a tal efecto, recogiendo en él hasta doce barriles diarios, una cantidad suficiente para abastecer a la isla. Este árbol tiene un extraordinario grosor, sus hojas son bastante anchas y ocupa con sus ramas una gran extensión de terreno. Los habitantes lo llaman *Garoé*, y los españoles *Santo*. Siempre está verde como el laurel, produce unos frutos tan gruesos como una bellota pero de un sabor admirable, aromático y muy digestivo.

Alrededor de las islas Canarias se encuentran muchos islotes pero tan estériles en sí mismos que no tienen ni siquiera una cualidad sino el mérito de ser elogiadas. La isla de **San Borondón** o *Porondón*, que algunos llaman también la isla *Encantada*, antes descrita, la consideran los más sabios geógrafos una isla fabulosa por lo que hemos excluido este ente de razón de nuestros globos reales.

TRADUCCIÓN CASTELLANA DE LA OBRA
 DE ANTONIO CORDEYRO *HISTORIA INSULANA DAS ILHAS*
*A PORTUGAL SUGEYTAS NO OCEANO OCCIDENTAL*⁵

Antonio Cordeyro de Espinosa nace en Angra, ciudad de la costa sur de la isla Terceira en las Azores, en el año 1641. Fue el sexto y último hijo de Antonio

⁵ Cordeyro, 1981: 47-57.



Cordeyro Moitoso y de Maria Espinosa. Cursó los primeros años de estudio en las aulas de humanidades de su ciudad natal, destacando por su talento. Viendo sus grandes dotes, los padres decidieron enviarlo a la Universidad de Coimbra. Con apenas quince años parte para Lisboa, junto con su hermano Pedro (más tarde profesor de la Universidad de Coimbra), en un navío al mando del general Antonio Teles de Menezes. Cerca de las costas portuguesas son atacados y apresados por una escuadra española. A bordo de la nave española, algunos días después, se ven envueltos en un combate con una flota inglesa, siendo obligados a arribar a Cádiz para reparar los daños sufridos. Durante su estancia en Cádiz, Antonio intentó fugarse sin éxito. Fue llevado ante el comandante de la flota, el Duque de Medinaceli, quien le concedió un salvoconducto para Portugal. Sin embargo, al atravesar el Algarbe se encontró con una epidemia de peste y fue retenido en cuarentena en Setúbal. Acabada ésta, llegó por fin a Coimbra para comenzar sus estudios.

Estudió filosofía en el Colegio de la Compañía de Jesús en la que ingresó el 12 de junio de 1657 y, poco después, cursó Canónico en la Universidad de Coimbra. Terminó sus estudios universitarios en 1676, iniciando su carrera de maestro de la Compañía y de profesor de Coimbra. Aquí enseñó filosofía, teología escolástica y moral teológica entre los años 1676 y 1696. Este año fue enviado a Braga, donde enseñó en la curia primacial, luego permaneció ocho años en el Colegio de Oporto hasta que finalmente recaló en el Colegio de San Antonio en Lisboa. Además de su labor como profesor, fue un afamado predicador, formando parte de misiones catequistas y de reforma de las costumbres organizadas por los jesuitas. También colaboró con la Universidad de Évora y con otros colegios de la Compañía, ganándose fama de intelectual. El padre Cordeyro falleció en el Colegio de San Antonio de Lisboa el 2 de febrero de 1722.

Como maestro escribió numerosas obras de filosofía y moral teológica para ser leídas en clase, pero se dedicó principalmente al estudio de la historiografía, siguiendo la obra del doctor Gaspar Frutuoso, *Saudades da Terra*. En 1717 se publicó en Lisboa su *Historia Insulana*, que sería muy apreciada en la época por todos aquellos que se interesaban por las islas atlánticas portuguesas. Se compone de nueve volúmenes: en el primero se habla de los diversos pueblos que ocupan la Lusitania, en el segundo de Canarias y Cabo Verde, en el tercero de Porto Santo y Madeira, mientras que las Islas Azores serán el tema del resto de los volúmenes. A partir de 1873, con la publicación de las *Saudades* (aún no había visto la luz desde que fuera escrita alrededor de 1590), la obra del padre Cordeyro pasó a un segundo plano debido a su condición de resumen, no exento de errores, de la historia de Frutuoso.

[Libro II, cap. III] *DE LAS ISLAS LLAMADAS HOY LAS CANARIAS*
Con mucha razón, y no sin algún misterio, empezó su libro el venerable Doctor Frutuoso⁶, por quejas de la verdad, [...]; y así siguiendo esta historia siempre en él nos

⁶ Leal Cruz, 2004.

basaremos, y ni en un ápice faltando a la pura y desnuda verdad, en lo mucho que nuevamente recordaremos aquí. A propósito nos saltamos del libro de este Doctor sus ocho primeros capítulos, que de dichas quejas habla, y pasamos al noveno, del descubrimiento de Canarias, que fue pues el primero de islas en este Océano Occidental y también debe ser primero en la historia. Por algún tiempo y de algún modo fueron de la Corona de Portugal, como veremos, por ello todavía las colocamos entre las islas Lusitanas, pero con mayor brevedad por el menor comercio que con ellas hoy tenemos. Canarias pues se llaman hoy las islas que antes se llamaban Afortunadas o Bienaventuradas. Son por todas doce en número, puesto que en algunas cartas náuticas sólo se apunta a once, sin contar la que llaman Isla de Infierno. Van de este a oeste a 28 grados norte, distan de España doscientas leguas, y la que está más cerca de la costa de África, se encuentra a trece leguas de ésta y del cabo que llaman Bojador, mas otras islas están a diecisiete leguas. Los nombres propios hoy, y las más nombradas de estas islas, son las siguientes: Fuerteventura, Lanzarote, Gran Canaria, Tenerife, Palma, Isla del Hierro, Gomera. Las otras cinco islas son de menos nombre y de todas es tal la cercanía de una con la otra que sólo están a nueve leguas entre sí. Y entre la Gomera y Fuerteventura hay sólo un cuarto de legua de mar, y aun así hubo una mujer en la Gomera que, sabiendo que su hijo se iba a Fuerteventura y estaba condenado ya a morir, sin esperar el barco y con intención de liberar al hijo, se arrojó al mar y nadando llegó a la otra isla y lo liberó, dándole mejores alas a esta madre el amor que el miedo a algunos cobardes hombres.

Sobre quién y cuándo se descubrieron estas islas hay variadas opiniones. El primer descubrimiento se atribuye a un capitán cartaginés llamado Hannón que, en el año 440 antes de Cristo, saliendo de Andalucía con una armada hacia la costa de África y Guinea, casualmente fue a dar con las Canarias, y de ellas no tuvo más que una visión lejana y la demarcación que hizo. Y en los siguientes 1.784 años no volverán a buscar dichas islas hasta que, llegando el año 1344 después de la llegada de Cristo Nuestro Señor y reinando ya en Aragón don Pedro IV, quiso don Luis de la Cerda, nieto de don Juan de la Cerda, ir no sólo a descubrir sino también a conquistar las tales Canarias. Y pidió ayuda al rey para ello pero parece que no tuvo efecto esta empresa. Después, reinando en Castilla don Enrique III ya en el año 1393 o —según otros— 1405, salieron de Francia algunos franceses y de Castilla muchos vizcaínos y andaluces, y con una armada volvieron a las Canarias, y no sólo las descubrieron sino que capturaron en ellas ciento cincuenta personas que trajeron a España y Francia. Fue éste el segundo descubrimiento de estas islas.

El tercer descubridor de las Canarias, conociéndose ya los naturales de ella, se empeñó más en su conquista y luego en el año 1417, gobernando en Castilla la Reina doña Catalina, viuda del Rey don Enrique III y madre del Príncipe don Juan II, decidió (por ser un gran hidalgo, almirante de Francia, que con mucha gente había servido bien en la guerra a la Corona de Castilla y se llamaba Mosén o Rubén de Barcamontes) pedir a la reina regente la conquista de tales islas con el título de Rey de Canarias, y como sucesor suyo un sobrino por nombre Mosén Juan Betencurt; y dicho todo a la reina se le concedió y le ayudó en tan gloriosa empresa.

Prepararon pronto los dos reyes, primero y segundo de Canarias, una gran armada en Sevilla y animosos partieron a la conquista. Pero como Gran Canaria tenía dentro de sí más de diez mil hombres de guerra, naturales suyos, que brava y bárbaramente la defendieron, nunca los dos reyes invasores pudieron conquistarla, pero conquistaron luego la isla que llamaron Hierro, y por la fábula Infierno. Y después de ésta, la que

se llama Fuerteventura y en otro lugar la que llaman Lanzarote, y en esta isla hicieron los nuevos reyes un fuerte castillo, y de todas tres comerciaban con España, enviándole muchos esclavos, mucho cuero, miel, cera, orchilla, mucho trigo y sangre de drago. Y en este tiempo faltó, de estos dos reyes Barcamontes Betencores, el primero y tío del segundo: unos dicen que la falta fue porque valerosamente murió en aquellas tierras, y otros que por ir a Francia a buscar más ayuda con que volver a la conquista. Lo cierto es que, dice nuestro Frutuoso, de alguno de estos modos murió el primer rey, y le sucedió en la Corona el dicho sobrino Betencurt, a quien el tío la dejó.

Continuó este segundo rey la conquista y con ayuda de algunos castellanos conquistó la cuarta isla, llamada Gomera, y se quedó ya rey de cuatro islas. Pero sintiendo la falta de su tío y de la ayuda que esperaba, viendo que le faltaban por conquistar ocho islas, entre ellas la principal que era Gran Canaria, cabeza de las otras, de mayor número de gentes y la más belicosa, llegó a la conclusión de que ya no era posible seguir con su reinado, y comenzó a tratar a quién vendería lo que ya estaba conquistado y adónde iría. Y de esta resolución veremos el efecto en el capítulo siguiente.

[Cap. IV] DEL DERECHO ADQUIRIDO POR PORTUGAL EN LAS CANARIAS
Habiendo sido las Canarias por primera vez descubiertas antes de la venida de Cristo, por segunda vez después de ella en los años de 1393 o 1405, y por tercera vez en el de 1417 por sus reyes Betencores; y la Isla de Madeira, habiendo sido descubierta y poblada en 1420 y teniendo pronto gran fama, movió finalmente al susodicho Rey de Canarias a vender las cuatro en que reinaba a nuestro Lusitano y Serenísimo Infante don Enrique, del que al principio tratamos. Y en efecto, las vendió por ciertas fincas que el Infante le dio en las citadas Islas Madeiras, para donde dicho Rey de Canarias se mudó, y ya al final sin reinado, en Madeira sigue y dura hasta hoy la descendencia de los Betencores, como en su lugar veremos.

Estando pues el Infante con título de compra y venta hecho por el señor de Canarias, pidió pronto a la armada que conquistase de ellas las que faltaban aún por rendir, y envió a don Fernando de Castro por capitán mayor de la armada portuguesa. Mas no fue Dios servido darles buen éxito porque, atacando pronto Gran Canaria, fueron rechazados de ella tan fuerte y tenazmente que se retiraron, y muy destruidos volvieron al Infante que, disgustado por tal suceso y considerando que Castilla había concedido el reinado de aquellas islas a los Betencores y que éstos con ayuda de Castilla habían conquistado las cuatro islas, estas cuatro y el derecho a las demás las entregó libremente, como príncipe, a la Corona de Castilla; y de esto trata Juan de Barros en la parte 1, libro 1, capítulo 22. Hay castellanos que dicen que el segundo Rey de Canarias Betencor, antes que a nuestro Infante, las tenía vendidas a Pedro Barba de Campos, vecino de Sevilla y éste a un hidalgo, también de Sevilla, Fernando Pérez que por orden de preferencia las quitara al Infante por una sentencia del Papa Eugenio IV. Y así los descendientes de dicho Fernando Pérez las tuvieron, hasta que el católico Rey don Fernando V de Castilla con una gran armada fue hasta Gran Canaria, uniéndose con uno de los dos reyes de allí, venciendo al otro y finalmente quitándola a ambos.

Pero consta que de Portugal llevando don Martinho, Conde de Atouguía, a la Reina doña Joanna, hija del Rey don Duarte de Portugal, por mujer de Enrique IV de Castilla, de éste alcanzó la donación de dichas Islas Canarias, y las vendió después al Marqués don Pedro de Menezes, primero de nombre, el cual también las vendió al Infante don Fernando, hermano del Rey don Afonso V y el Infante luego mandó tomar posesión de ellas por el portugués Diego de Silva, que después fue el primer Conde de

Portoalegre; más porque vino luego de Castilla el caballero Fernando Pérez o de Peraza y enseñando como había comprado mucho antes las tales islas al segundo rey de ellas Betencor, y con todas las licencias del primer rey su tío y de los reyes propios de Castilla, también dicho Infante don Fernando las dejó pronto al caballero Peraza, de quien las heredó su hija doña Inés de Peraza, mujer de don García de Herrera, hidalgo castellano, de los cuales (además de otros hijos) nació doña María de Ayala que se casó con el antedicho Diego de Silva, primer Conde de Portalegre. Como dichas islas, la Gomera y el Hierro, constituyeron mayorazgo y condado del hermano Guillermo de Peraza, se dividieron las otras dos islas (Lanzarote y Fuerteventura) y toca a don Juan de Silva, segundo Conde de Portalegre, por su mencionada madre, renta de más de trescientos mil reales al año que si se cobran todavía, lo sabe aquel a quien le pertenece.

Y hemos decidido introducir en esta historia isleña a las Islas Canarias, que están hoy en la Corona castellana, por haberlas poseído la Lusitania ya tantas veces y con los referidos títulos, y aún podemos hoy tener algún derecho a ellas. Y muchos más por así introducir las en su historia el Doctor Frutuoso a quien seguimos y de cuya verdad y antigüedad debemos todos fiarnos, al menos según aquel tiempo en que escribió, que hoy muchas cosas podrán estar ya muy cambiadas, lo que sabiéndolo nosotros, lo advertiremos. Y en este sentido continuamos con la historia.

[Cap. v] DE LA GRANDEZA Y CUALIDADES DE LAS CUATRO CANARIAS QUE PRIMERO SE DESCUBRIERON

La primera isla conquistada de las Canarias fue la que llamó Isla de Hierro. Es tan pequeña que tiene sólo legua y media de largo y está a doce leguas a poniente de la isla de Palma y va de sudeste a noroeste tres leguas. Tiene un sólo lugar, hoy villa, llamada Llanos o Chaos, y a los vecinos llaman los herreños. De mucha piedra que tiene, tanto en el interior como en las rocas y costas del mar, parece toda material de hierro, hasta en el color, y se afirma que se fabricó ya en ella hierro y de aquí le vino el nombre. Ni río, ni manantial, ni pozo tiene pero junto al lugar, en una campiña o valle (donde apenas sopla una viento apacible) hay un gran árbol, sobre el que todos los días y mucho más por la mañana se asienta una bruma o nube blanca que por las hojas del árbol destila tanta y tan buena agua dulce y se forma de ella un depósito tan grande debajo que de ella beben no sólo los animales sino la gente de tal isla. Tan grande es del Creador la providencia que tiene de sus criaturas y tanta la piedad de aquel árbol y nube, en que el Creador Divino tomó nuestra humana naturaleza, que así ayudaba a estos hombres. El material del árbol ni siquiera los propios naturales lo conocían y siempre lo veían igual, sin envejecer jamás ni crecer o disminuir, con las mismas hojas y siempre tan verdes como antes.

Pero, después que entraron en esta isla los castellanos, hicieron tan gran depósito alrededor de dicho árbol que contiene tres mil pipas de agua, y la llamaron «agua santa» y al árbol, «árbol santo». Y todo cerraron de tal manera que sólo de manera justa se reparte tres o cuatro veces por semana; no obstante, prudentemente se fabricaron después varias aljibes en esta isla en las que recogen mucha agua de la que también se proveen. El citado «árbol santo» siempre muchos quisieron conocer y vinieron a opinar que se parece con aquella que en otras partes llaman til; y yo había dicho que, por tener este nombre tres letras y ser por eso emblema de la Santísima Trinidad, si en ésta tenemos la divina virtud de la Esperanza, no nos faltará ya más el fundamental árbol de la Fe, ni la soberana agua de la Caridad divina. Los productos del lugar son lana, quesos, brea, cebada, mucho ganado menor y muchos cerdos.

La segunda isla conquistada fue la que llamaron Fuerteventura por encontrar en ella una escritura que rezaba que un tal Fuerte Ventura fue su primer poblador; y en verdad fue gran ventura porque tiene más de dieciocho leguas de longitud y cuarenta de perímetro, y con sólo cuatro poblaciones entonces en su interior, tenía tres reyes o reyezuelos. Mas por no haber árboles en la isla con los que los naturales pudiesen hacer armas, fue fácilmente conquistada. De sus cuatro poblaciones, la primera se llamaba La Villa, la segunda La Oliva, la tercera el Puerto y la cuarta Corralejo. Hay mucho ganado menor en esta isla y también muchos camellos. Fue conquistada el día de san Felipe y Santiago por lo cual su iglesia principal está dedicada a estos santos. El comercio entonces era todo con la isla de Madeira por estar cerca y toda la enemistad era con la vecina Berbería en la que realizaron razzias y de la que trajeron cautivos, pero con la entrada de los católicos, advierte Frutuoso, había ya en esta isla algunos hidalgos con apellidos como Perdomo, Saavedra y otros.

La tercera isla que se conquistó fue la que se llama Lanzarote que tomó este nombre de su rey principal. Es casi del mismo tamaño que la mencionada Fuerteventura y está muy cerca de ella al noroeste. Dicen que fue conquistada también por un portugués llamado Nuno Ferreira que servía entonces a los Reyes Católicos y era pariente de los Condes de Castañeira en Portugal. La isla en gran parte es estéril; tiene sólo dos poblaciones, una es La Villa, la otra se llama Haría. Y no sólo fue fácil de conquistar sino que los naturales están muy emparentados con los castellanos. Tiene una iglesia parroquial y dos o tres ermitas. El conde de ella es don Agustín Herrera de quien es mucho de lo que allí hay. Dos veces la saquearon los moros y, sin embargo, hay en ella algunos hidalgos como los Perdomos, Cifuentes, Herrerías, Saavedras y Betancores.

La cuarta isla, que conquistó o mandó conquistar el segundo rey de los Betencores a Juan Machín y don Diego de Ayala, fue la llamada Gomera, y costó tan poco conquistarla que a los conquistadores recibieron los naturales con bailes. Se llamaba Gomera, según dicen algunos, porque así se llamaba la hija del rey que reinaba en esta isla, otros dicen que porque todos los árboles de ella arrojaban goma. Tiene doce leguas de largo y cuatro de ancho, y figura ovalada. Dista de la isla de Hierro nueve leguas, de Palma otras nueve y cinco de Tenerife, si se mide de costa a costa. Tiene esta isla una única fuente pero muchos pozos de agua dulce y buena. Hay mucho cereal, mucho vino y mucho queso, y no sólo mucho ganado y muchos ciervos sino la mejor orchilla que se lleva a Flandes. Tenía entonces tres ingenios de azúcar también y tanta bestia de carga que —afirma el buen Frutuoso—, yendo a parar allí, tras ser saqueado, un artesano llamado Gaspar Borges, le ofrecieron luego un matrimonio prometiéndole como dote, además de dinero y propiedades, cincuenta asnos de carga a lo que el artesano respondió: «Si yo hiciera tal cosa, seríamos entonces cincuenta y uno». Y no le hablaron más de tal asunto. Tiene además tal isla una buena y noble iglesia, un convento de franciscanos y cinco ermitas, y tan buen puerto que hasta entonces no se había perdido en él navío alguno; pero fuera de la Villa, por toda la isla, no habría más de sesenta personas.

[Cap. vi] DE GRAN CANARIA Y SUS OTRAS ISLAS

La quinta isla conquistada decimos que fue Gran Canaria porque, aunque el Doctor Frutuoso en el libro I, cap. 12 dice que fue la tercera que se conquistó, comparto aquí la opinión, habiendo seguido la contraria en otro momento, de que los reyes Betencores no conquistaron Gran Canaria sino sólo las cuatro antes apuntadas; y por ser coherentes, decimos que ésta fue la quinta que se conquistó. Y esto se confirma porque, después de vender el segundo rey Betencort a nuestro Infante don Enrique todo el derecho que pose-

ta sobre las Canarias, dicho Infante mandó luego la armada portuguesa a conquistar Gran Canaria y más tarde la conquistaron los Reyes de Castilla. Ésta es la verdad.

Es, pues, Gran Canaria por su figura, una isla redonda, de cuarenta leguas de perímetro. Está al sudeste de Lanzarote y Fuerteventura, de las que dista veinte leguas, y es tierra alta. Se llama Canaria no tanto por los pájaros canarios, que en ella también se dan, como por los muchos perros que se hallaron en ella, blancos y moteados, además de muy feroces y tan grandes que sobrepasan en tamaño a los grandes lobos, y por eso la llamaron Canaria y Gran Canaria, pues tiene otras tantas grandezas (como veremos luego) que por ellas le viene bien el título de «Grande». Antes tenía cinco o seis reyes que unidos la defendieron y por eso fue tan difícil conquistarla pero sólo al separarse entre sí fueron uno a uno conquistados y despojados todos. Y a pesar de que muchas veces fue atacada, no había permitido antes la entrada de corsarios, de los vecinos y bárbaros de Berbería. Pero estaba tan fortificada toda la isla y la gente era tan belicosa que no cedía a ninguna otra.

En lo militar y político es cabeza de las otras Islas Canarias y en ésta reside el gobernador que tiene jurisdicción de horca y cuchillo, puesto que cada gobernador de las otras islas principales tiene la misma jurisdicción en relación con los asuntos criminales; en los asuntos civiles tiene Tribunal y Audiencia Real y es magistratura de tres oidores seculares y regente, donde se resuelven las causas de las otras islas y lo demás. En lo eclesiástico, es la única diócesis y obispado de todas las citadas islas, pues dicen algunos que la sede episcopal estuvo algún tiempo en Lanzarote o en La Palma. En la misma, Carlos V instituyó el Tribunal del Santo Oficio con los correspondientes ministros y oficiales. Además de su Sede, tiene dos iglesias parroquiales, un convento de religiosos franciscanos, otro de dominicos y algunas ermitas. El obispado tiene más de siete mil cruzados de renta, el inquisidor dos millones de reales, el deán mil quinientos cruzados. La única ciudad de toda la isla se llama Santa Ana y tiene tres mil vecinos y llevó este nombre la ciudad por conquistarse esta isla el día de Santa Ana.

A dos leguas de la ciudad hacia el sur está una noble villa de quinientos vecinos, donde hay tres ingenios de azúcar y se llama Telde, que también es rica en algodón. De Telde se va a Guía, villa en la que también hay ingenios. A Guía le sigue Guímar <Gáldar> y Arucas, donde dicen que hay un tipo de azúcar que se iguala al mejor de Madeira; en fin, que en toda Gran Canaria había veinticuatro ingenios y cada uno de seis o siete mil arrobas de azúcar. Si hoy tiene más o menos allí lo sabrán, como si hay en ella todavía tantos mercaderes como había entonces, de más de cuarenta y cinco y cincuenta mil cruzados. Hoy es más famosa por sus admirables vinos y antiguamente por sus camellos y produce fruta tan temprana que a partir de mediados de abril ya hay uvas maduras, higos, melones, etc. y todo tan maduro como en España lo son por el verano o el otoño. Parece que provee de poco y pocas veces llueve en esta isla y por ello no está más poblada. Por la parte del suroeste se dan grandes fiebres debido a la gran cercanía con la tórrida Berbería.

La sexta isla de las Canarias, porque fue conquistada en sexto lugar, según la opinión más probable, se llama Tenerife. Dista treinta leguas de Lanzarote y Fuerteventura y quince leguas de Gran Canaria. Tiene de este a oeste quince leguas de largo pero de ancho tiene seis en unas partes, ocho en otras y diez en algunos lugares. Aunque toda la isla es muy alta, sin embargo es altísima en el centro donde hay un pico llamado Teide de tanta altitud que se divisa en el mar desde sesenta leguas y se afirma que es aún más alto que el de la isla llamada de Pico. La mayor parte del año está cubierto por nieves muy blancas y tiene un cráter por la parte sur, sureste y suroeste que siem-

pre está lanzando humo. Y esta isla muestra bien a las claras que en muchas zonas arde más que las otras islas. Parece que el primer poblamiento se realizó en tiempo y lugar diferentes, asentándose en algunas aldeas, y que cada población de éstas formaba su reino aparte y tenía su rey particular. Así había en ella nueve reyes que andaban guerreando entre sí continuamente, y por ello eran guerreros muy diestros. Fueron los más difíciles de conquistar y también por este motivo se llevaron de ella más cautivos.

En esta isla hay doce o trece poblaciones cuya cabeza es la ciudad de La Laguna, que tiene dos mil vecinos y dos iglesias parroquiales de la que una es de la Señora de la Concepción y otra de San Cristóbal, en cuyo día se conquistó la isla. Tiene además tres conventos de religiosos: dominicos, agustinos y franciscanos, y un convento de monjas de Santa Clara, que está a las afueras de la ciudad. Cuatro leguas hacia el oeste estaba la villa llamada Orotava, de trescientos vecinos, que tiene mucho cereal, vino y azúcar. En otra villa llamada Icod, de doscientos vecinos, se hace vidrio que se envía afuera por ser muy duro. A nueve leguas de la ciudad, por el lado norte, está la villa llamada Garachico, pueblo de quinientos vecinos, que producen mucho vino y azúcar que se envía a Castilla, Flandes e Inglaterra. En esta villa hay un monasterio de San Francisco cuya capilla mayor, que es grande y tiene la madera muy bien labrada, dicen que está hecha de un sólo tronco; y el que vea el enorme tamaño de los pinos que hay en aquella tierra, no le parecerá increíble. En esta misma villa hay labradores de veinte a treinta mil cruzados de los ingresos de sus sembrados y de sus ingenios azucareros. Por el lado sur hay un lugar llamado Adeje, donde la familia de los Pintos tiene dos ingenios de azúcar que en los seis meses de zafra muelen ocho o nueve mil arrobas y tienen cuatro leguas de cañaverales.

En general, esta isla es muy fértil, de cereal muy apreciado y oloroso, con abundancia de miel, vino y azúcar, y sólo tiene falta de especias y aceite pero no de pescado en toda su costa. En ella se fabrica mucho paño, seda y lino. Tiene muchas aguas puras y dulces con que se riega todo; es muy saludable y de buenos aires. En ella se dan muchos y buenos jinetes moriscos y por ello nunca habían entrado en ella enemigos ni había sido saqueada. Y, sobre todo, tiene tan buen gobierno que fuera de ella no se puede sacar dinero alguno en metálico, sino en géneros con lo que no sólo es muy rica sino que enriquece a los extranjeros que van a ella a comerciar.

La séptima isla conquistada es la que llaman Palma por las muchas palmeras que hay en ella cargadas de dátiles. Está a trece leguas al noroeste de Tenerife y a sesenta de Madeira; tiene dieciocho de largo y diecisiete de ancho. Tuvo antes cuatro reyes y las mujeres eran más varoniles que los hombres y durante la conquista lucharon hasta no poder más, mientras la mayor parte de sus maridos se encerraron en sus cuevas hasta morir de hambre. Pero ya hoy las mujeres son muy reservadas y los hombres los más guerreros de todas aquellas islas, habiendo sido anteriormente muy fáciles de conquistar. La tierra es muy alta y cálida. Su principal población se llamaba antes Apurón, pero Carlos V la convirtió en ciudad y le dio el nombre de San Miguel de Santa Cruz de La Palma, que tiene más de dos mil vecinos. Los naturales de la isla cuentan que antes y después de la conquista cayó del cielo en la cumbre de la isla una especie de confites, muy blancos y pequeños que no sólo daban sustento sino gran consuelo a quienes los comían. Los cocían muy temprano y se los comían el mismo día y los llamaban Gracia del Cielo y maná oloroso, pero desde que en la isla hubo trato comercial, desapareció y nunca más cayó aquel manjar del cielo.

Casi toda esta isla, excepto algunas tierras de azúcar, están plantadas de viñas por el sur y por el norte, tanto es así que produce cinco o seis mil pipas de diezmo y en el término de la ciudad dos mil con lo que genera más de treinta mil cruzados de aduana

como derechos de entrada y salida. El rendimiento del cereal es tan grande que una fanegada sembrada da ciento diez y más. En el centro de la isla está la ciudad, con dos conventos de dominicos y franciscanos. Como antes no estaba fortificada y por eso fue invadida, saqueada y quemada por luteranos franceses el 21 de julio de 1553, por Pie de Palo y por Jacques de Sores. Sin embargo, durante los primeros diez años se restauraron las fortificaciones y hasta tal punto fue de nuevo guarnecida que no sólo es más lustrosa y populosa sino totalmente inexpugnable.

Hay en esta isla fatales maderas de pinos y una que llaman tea que produce brea y, como ésta, atrae el fuego. Hay otros árboles que producen almáciga y otros llamados dragos, como altas palmas, que al golpearlos destilan una especie de sangre que luego se cuaja, es el drago medicinal; mal derretido a fuego lento arranca de las armas untadas con él toda la herrumbre y son árboles que están prohibidos cortar. Finalmente, los aires de esta isla son tan sanos que nunca en ella hubo peste, ni tisis, ni parálisis, ni siquiera tempestades en invierno. Pero algunas brumas son medicinales al amanecer y nocivas sólo al atardecer porque no tienen brisa del mar. Esta Palma no sólo es la más buscada de Castilla y sus Indias sino también de naciones extranjeras, pero la mejor palma la llevaron cuarenta religiosos de la Compañía de Jesús que yendo a pregonar la fe católica a Brasil, recientemente descubierta, por la fe y a la vista de esta isla fueron los cuarenta martirizados por dicho corsario hereje Jacques de Sores; y sin éste llevarse de la isla su palma, los cuarenta llevaron la del martirio para el cielo, siendo su valeroso capitán el ilustrísimo padre don Ignacio de Acevedo, más ilustre aún por su muerte o la sangre de su martirio que por su ilustre sangre heredada. Pero esta materia es digna de más notable e insigne pluma y por ello continuamos con nuestra humilde historia.

[Cap. vii] SE CONCLUYE EN GENERAL CON LA NOTICIA DE LAS CANARIAS

No se sabe con certeza quienes fueron los primeros pobladores de Canarias. Lo cierto es que no fueron ni gentiles, ni mahometanos, ni moros, ni turcos porque quienes las habitaban cuando fueron conquistadas por católicos no adoraban más que a un único Dios y por este motivo recibieron con facilidad la fe católica, y porque tenían algunas otras costumbres bárbaras se solía decir que eran gentiles. Consta que nunca fueron pobladas por mahometanos, moros o turcos por el hecho de que estas islas fueron pobladas muchos siglos antes de que hubiese en el mundo turcos, moros e incluso mahometanos. Siempre las Canarias estuvieron en guerra con la vecina África y muchas personas, únicamente de algunas islas y en época antigua, se casaban en África y corría por sus venas sangre africana. Pero la mayoría sólo se reproducían entre sí y, después de conquistados, estuvieron más emparentados con los católicos conquistadores hasta tal punto que ya hoy no existe ninguno de aquellos antiguos que llamaban gentiles, y no tenían otra fe ni otra ley más que la de creer en un único Dios. De ello se deduce que en ningún momento fueron judíos sino que sólo seguían la sustancia de la primera ley de la naturaleza y del primer uso de la razón que tomaron de los hebreos más antiguos o de los primeros pobladores de África y Cartago, como dijimos ya con anterioridad.

Pero hoy en día en estas islas comúnmente ya son todos católicos, sin ningún tipo de idólatras y menos aún de herejes, y sólo por su cercanía comparten algunas cosas con los africanos como el color algo moreno de algunos de los naturales. Son de alta estatura normalmente y tan puros en las costumbres que de la santidad de estas islas únicamente señalo al mayor portento, el taumaturgo en milagros, el prodigioso apóstol de Brasil, el grande y venerable padre José de Anchieta, natural de estas islas y religioso profesor de la Compañía de Jesús, de la que se considera el segundo Javier, pues ya en

Roma se ha avanzado mucho en su canonización. Y plumas tan ilustres han escrito tanto sobre su santísima vida y muerte que sólo esperamos de la Santa Madre Iglesia la corona a tan admirable santidad como todos veneran en Anchieta, a quien esta torpe pluma no puede si quiera llegar a elogiar.

Generalmente el clima de las Canarias es tal que en ellas ni llueve mucho ni con frecuencia y su día más largo no pasa de trece horas ni su noche tampoco. En ninguna de estas islas hay bichos venenosos ni tampoco ranas, excepto en una laguna de la isla que llaman La Gomera. Tienen abundancia de ganado, caballos y camellos, sin embargo, no conocían al principio las armas de hierro ni de fuego, sino únicamente de palo con las que luchaban valientemente. Hay muchas aves de las cuales las más pequeñas y de mejor canto, llamadas canarios, dieron nombre, según dicen, a Gran Canaria y ésta a todas las demás islas. Producen la mayoría y los mejores frutos de la tierra, excepto aceites, como vimos; y las patatas sólo se dan en La Gomera y La Palma, dos de estas islas, pero en las aguas de todas ellas hay abundancia de buen pescado. Normalmente llegaron a ser tan sanas estas islas que nunca hubo peste en ellas, ni muchas otras enfermedades y por ello son tierras saludables. Hay incluso salinas en Fuerteventura y Lanzarote de las que se extrae mucha sal y que proveen a las demás islas.

En estas islas tuvieron terrenos particulares algunos hidalgos pobres que hoy son ricos titulares, por ejemplo, los Condes de Lanzarote en esta isla y en la de Fuerteventura, los Condes de Ayala en La Gomera y Hierro y otros en otras islas. Pero Gran Canaria, Tenerife y Palma en nada a nadie están sometidas, sino sólo a la Real Corona de Castilla. Advierta el lector, por tanto, que lo que de estas Canarias queda dicho, es sólo un compendio puro y verdadero de lo que en su estilo antiguo y en su época dijo el Doctor Gaspar Frutuoso en su citado libro, que en nuestros días es posible que estén cambiadas muchas cosas que aquí ni se niegan ni se afirman.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARMAO, E. (1944): *Vincenzo Coronelli, cenni sull'uomo e la su avita. Catalogo ragionato delle sue opere, lettere, fonti bibliografiche, indici*, Bibliopolis, Florencia.
- AZNAR VALLEJO, E. (1984): «El capítulo de Canarias en el islario de André Thevet», *VI Coloquio de Historia Canario-Americana*, tomo II, 2ª parte, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 829-862.
- BOTERO BENESE, G. (1596): *Relationi Universali*, Venecia; traducción de REBULLOSA, FR. JAYME (1748): «Descripción de todas las provincias, reynos, estados y ciudades principales del mundo sacadas de las relaciones toscanas de Juan Botero Benes», Gerona.
- BORDONE, B. (1528): *Isolario di Benedetto Bordone nel qual si ragiona de tute l'Isole del mondo*, Theatrum Orbis Terrarum, Amsterdam, 1966 (Venecia, 1528); (Ed. Facsímil Les Belles Lettres, Arago Editore, París, 2000).
- CORDEYRO, A. (1981): *Historia insulana das ilhas a Portugal sugeytas no Océano Occidental*, Regiao Autonoma dos Açores. Secretaria Regional da Educaçao e Cultura, Lisboa (reimpresión de la edición de ANTONIO PEDROSO, 1717).
- CORONELLI, V. (1696): *Isolario dell'Atlante veneto*, 2 vol., Venecia.
- CUESTA DOMINGO, M. (2003): *Islario de Santa Cruz. Edición, transcripción y estudio*, Real Sociedad Geográfica, Madrid, 532 pp. (con repr. facsímil).
- DONATTINI, M. (1999): *Vincenzo Coronelli e l'immagine del mondo fra isolari e atlanti*, Longo Editore, Ravenna.

- (2000): *Spazio e Modernità. Libri, carte, isolari nell'età delle scoperte*, CLUEB, Bologna.
- GIODA, C. (1894): *La vita e le opere di Giovanni Botero con la Quinta parte delle Relazioni universali e altri documenti inediti*, U. Hoepli, 3 tomos, Milán.
- GÜNTER, C. (1732-1750): *Grosses vollständiges Universal-Lexikon*, reimp. de la edición original por J. H. ZEDLER.
- LANCIONI, T. (1991): *Viaggio tra gli Isolari*, Edizioni Rovello, Almanacco del Bibliofilo, Milán.
- LEAL CRUZ, P-N. (2004): *Gaspar Frutuoso. Descripción de las Islas Canarias. Capítulos IX al XX del libro 1 de «Saudades da Terra»*, Centro de la Cultura Popular, Santa Cruz de Tenerife, 297 pp.
- MILANESI, M. (1988): «Vincenzo Coronelli cosmografo», en *Vincenzo Coronelli e l'mago mundi*, DOMINI, D. y MILANESI, M. (eds.), Longo Editore, Ravenna.
- WÜLFER, J. (1691): *De maioribus oceani insulis earumque origine brevis disquisitio*, Frobergius, Norimbergae.